

LA USURPACIÓN DE LAS MALVINAS *

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

El conflicto que divide —y dividirá por larguísimos años— a la Argentina y a Gran Bretaña tiene viejas raíces que la historia conoce muy bien, pero que se han mantenido ocultas o disimuladas en tiempos pasados. Ha llegado el instante de decir las verdades. La historia no debe callar ni mentir. Los argentinos y los pueblos que desean conocer realidades y no engaños deben leer estas líneas como una información obligada. Los historiadores que no ignoran estos hechos comprobarán que en nuestras palabras no hay una sola inexactitud. Escribimos para nuestra patria y las patrias vecinas donde la historia de nuestra América es bien estudiada. Sólo recordamos hechos y verdades que nadie puede negar.

GRAN BRETAÑA Y LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Los pueblos de la América hispana se separaron de la madre patria por amor a la libertad. Defendían los derechos naturales del hombre. Ansiaban el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo por medio de un Congreso y una Constitución. En la Península dominó el absolutismo antiparlamentario y anticonstitucional. Cuando en España renació la libertad, las naciones separadas se sintieron otra vez unidas en sus tradiciones, en su historia, en su raza y en sus ideales. Fue el triunfo de la hispanoamericanidad.

Las naciones de América, en su lucha por la independencia, no contaron, en ningún instante, con el apoyo de

* Conferencia pronunciada, el 11 de agosto de 1982, en el Salón de Actos de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Estados Unidos. En cuanto a Gran Bretaña, fue la nación que hizo mayores esfuerzos para impedir la independencia de las naciones hispanoamericanas y mantenerlas unidas a la España absolutista.

Durante más de un siglo se ha enseñado en nuestras escuelas y universidades que las ideas políticas de Gran Bretaña y de Estados Unidos influyeron en los ideales de independencia de los grupos históricos de la América hispana. Esta enseñanza se debió a razones de diplomacia, de comercio y de nobles deseos de acercamiento. También se debió a un mal conocimiento de nuestras primeras relaciones internacionales. La historia crítica moderna, que acude a los archivos y analiza documentos olvidados o mal interpretados, ha llegado a una comprensión indiscutible.

Estados Unidos no ayudó en ningún instante a la independencia americana por su política con España. No quiso irritarla y hacer fracasar la compra de la Florida. No obstante, fue le primera nación, después del rey Kameha Kea I, de Haway, y de Portugal que reconoció la independencia de las nuevas repúblicas de habla española. Gran Bretaña, en cambio, fue la nación que más combatió los intentos de independencia de las repúblicas hispanoamericanas. Está perfectamente probado que Gran Bretaña trató, por los medios más diversos, de convencer a los pueblos hispanoamericanos de que no se separasen de la madre patria y siguiesen luchando en contra de Napoleón. Gran Bretaña temía que las naciones de la América hispana se aliasen al emperador de los franceses y cambiasen el destino del mundo. Por ello hizo estos grandes esfuerzos que la historia ha sólidamente documentado. En años anteriores, Gran Bretaña, en su guerra con Francia y España, hizo lo posible para conquistar el continente hispanoamericano. Planeó el dominio del Caribe, del Río de la Plata y de Chile. Fracasó en Cartagena de Indias, en La Habana y en el Río de la Plata. Cuando la inmensa guerra civil entre partidarios del sistema de gobierno de las Juntas y los defensores del Consejo de Regencia de Cádiz llevó a la independencia, Gran Bretaña se sintió aliada de España en contra de Francia y fue una de las últimas naciones en reconocer nuestra independencia. Más aún: trató de obstaculizarla en todo lo que pudo. Al mismo tiempo traicionó a España fomentando su comercio con los pueblos de América. Su juego fue doble y traidor para unos y para otros. Los pueblos hispanoamericanos, separados momen-

táneamente de España por sus ideas políticas, aceptaron el comercio inglés porque les convenía. Gran Bretaña se alimentó y vivió gracias a las carnes y granos que compraba en América. Sin este aporte no habría alcanzado el poderío que fue adquiriendo.

EL ODIIO A GRAN BRETAÑA

En América ha existido, desde antiguo, un fuerte y justificado odio hacia Gran Bretaña. En la América del Norte comenzó con las persecuciones de los protestantes a los irlandeses católicos. Éstos, para no sucumbir, emigraron a las colonias de la América del Norte. En ellos y en sus descendientes, el odio creció constantemente. La vergüenza de la opresión de Irlanda por los ingleses ha asombrado al mundo y todavía no ha cesado. Siglos de lucha no han disminuido el odio de los irlandeses hacia los ingleses ni la constancia opresora de Gran Bretaña sobre el resto subyugado de la Irlanda católica. Irlanda ha conseguido una parte de su independencia. Le falta el resto y, tarde o temprano, la conseguirá. Entonces se levantarán estatuas a los mártires que murieron de hambre por la crueldad de una mujer que maneja a la reina de Gran Bretaña y a los integrantes del Parlamento inglés. Esta mujer, antigua modelo de tienda, es la más odiada del mundo.

Al mismo tiempo que Gran Bretaña oprimía a los irlandeses católicos, los propios colonos ingleses fueron comprendiendo que el gobierno de la metrópoli era opresivo y explotador. Las colonias inglesas maduraron su ideal de separación de las islas británicas. Este ideal llegó a su punto más elevado en tiempos del rey Jorge. Era loco y el gobierno estaba en manos de ministros corruptos y fáciles de comprar. Un inglés, Tomás Paine, se encargó de mostrar a sus connacionales de la América del Norte sus derechos y lo absurdo que era recibir órdenes de un demente y de un Parlamento que se vendía a quien le pagaba mejor. Su libro, *El sentido común*, fue la Biblia de la revolución en contra de Gran Bretaña. Es así cómo se llegó a la independencia de los Estados Unidos.

LOS REYES ASESINOS

En España, el odio a Inglaterra tiene igualmente raíces lejanas. Inglaterra aceptó el protestantismo mientras Es-

paña lo rechazaba. Un rey, visto por la historia como un bufón trágico, Enrique VIII, era hijo de otro Enrique VII que, para reinar, tuvo que asesinar a Ricardo IV. Nació un año antes del descubrimiento de América y fue un criminal y hombre de vida escandalosa. Casó con Catalina de Aragón, seis años mayor que él, hija de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel de España. Después de dieciocho años de matrimonio se enamoró de Ana Bolena y quiso repudiar a su mujer. El Papa Clemente VII, Julio de Médicis, estuvo a punto de reconocer el divorcio de Enrique VIII, pero Carlos V invadió Roma y lo impidió. Entonces, en 1533, Enrique VIII se declaró jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. Rompió otra vez, después de Lutero, la unión de la Iglesia cristiana y se convirtió en Papa de una Iglesia inglesa. A los tres años acusó a Ana Bolena de ser adúltera —hecho que no pudo probarse— y la mandó decapitar. Casóse en seguida con Juana Seymour. Muerta al dar a luz, se casó con Ana de Cleves y se divorció de ella para casarse con Catalina Howard, pero pronto se cansó de ella, la acusó de infidelidad y le hizo cortar la cabeza. Así se casó con Catalina Parr, su última mujer. Este rey también hizo decapitar a Tomás Moro, su canciller, teólogo y escritor admirable, autor, entre otros libros, de la maravillosa *Utopía*, por no haber abjurado el catolicismo. Estos hechos, bien conocidos en Europa y en América, despertaron hacia ese rey un desprecio y un odio que se extendieron a toda Inglaterra. La hija de Enrique VIII y Ana Bolena, Isabel I, dio más vuelo al protestantismo y mandó cortar la cabeza a María Estuardo y al conde de Essex. A María Estuardo la tuvo, previamente, diecinueve años presa. Había casado con Botwell, el cual había matado a su segundo marido, lord Dernley. Felipe II envió contra Isabel I la famosa armada invencible, de ciento veintisiete naves, que fue destruida por las tempestades y los barcos ingleses, más rápidos y eficaces. Felipe II perdonó a su jefe, el duque de Medina Sidonia, pero el odio hacia Inglaterra no se extinguió. Inglaterra se dedicó, desde entonces, a robar los navíos cargados de riquezas que de América se dirigían a España. Dio protección a Antonio Pérez, el secretario traidor que, unido a la princesa de Éboli, vendía secretos de Estado a los embajadores extranjeros.

Drake dio la vuelta al mundo y saqueó Lima. Un sobrino suyo cayó preso en el Río de la Plata; fue enviado

a la Asunción y al Perú. Otros corsarios ingleses cometieron actos sangrientos en otros puertos americanos.

La historia de Inglaterra fue, desde entonces, una historia de usurpaciones de tierras que los ingleses convertían en colonias. Vencieron a pueblos desnudos del África o adormecidos por el opio del Oriente. Una mujer francesa, Juana de Arco, los había echado de Francia. Los españoles los derrotaron en todos los encuentros: Cartagena, La Habana, Buenos Aires. En América se establecieron en selvas e islas semidesiertas que pertenecían a otras naciones. Siempre el despojo, el robo. A mediados del siglo XVII cortaron la cabeza a Carlos I y proclamaron la república, pero fracasaron en sus sueños democráticos y volvieron a la monarquía. Así llegaron a la época de su mayor esplendor, la de la reina Victoria, que tenía como amante a su mayordomo. España trató siempre de impedir su penetración en América para que no difundieran el protestantismo o anglicanismo. Las invasiones inglesas a Buenos Aires, en 1806 y 1807, crearon un sentimiento de odio que no se ha extinguido ni extinguirá. En la segunda invasión pretendieron quedarse en Montevideo como en otro Gibraltar. Martín de Álzaga, su vencedor, amenazó con ejecutar a todos los ingleses si no devolvían Montevideo. Así fue liberada esta ciudad.

LOS PROCEDIMIENTOS INGLESES

En otras partes de América, los ingleses daban a los indios armas de fuego para que combatesen a los españoles. La isla de Jamaica había sido robada por los ingleses. En Buenos Aires, a raíz de las invasiones, autores anónimos publicaron cartas abiertas en que recordaban la vergonzosa historia de Inglaterra. La Argentina, con estos folletos de la Real Imprenta de los Niños Expósitos, empezó a conocer la historia de ese país que había pretendido esclavizarla. Supo que, en la vida política, el famoso Walpole, en el siglo XVIII, afirmaba que todo hombre tenía un precio para lograr lo que se quisiese. En la América del Norte, oficiales como Brandt y Butler levantaban a los indios iroqueses contra los colonos que habían permanecido indiferentes o se habían declarado por la independencia. Inglaterra fomentó en Francia la política que llevó a la revolución de 1789 para vengarse de la ayuda que los franceses habían prestado a los norteamericanos. La conquista

de la India, con las atrocidades del general Clive, horro-
rizaron a Europa. Las industrias de tejidos que, en la In-
dia, eran los mejores del mundo, fueron destruidas para
vender los de Manchester. Durante siglos, Inglaterra ha-
bía sacado del África miles de negros para hacerlos traba-
jar en las plantaciones de Norteamérica. Los negros que
huían eran cazados con perros feroces. En cuanto a los
indios, eran muertos con licores envenenados. En Ingla-
terra se inventó la bala roja que causaba destrozos horri-
bles. Los sobornos e intrigas ingleses originaron guerras
en Europa y otras partes del mundo. Utilizaban asesinos
asalariados. Bombardeaban ciudades asoladas por epide-
mias. Pagaban a berberiscos para que atacasen el comer-
cio de los Estados Unidos. Protegían las falsificaciones de
monedas de otras naciones. Federico de Prusia jamás ha-
bía querido tener relaciones con el gobierno inglés por trai-
dor. Estos y otros conceptos fueron desarrollados por un
autor anónimo en cuatro cartas a un anglómano escritas
poco después de las invasiones inglesas. Su autor fue, indu-
dablemente, un excelente conocedor de la historia de Ingla-
terra. Hoy sería conveniente reimprimirlas y difundirlas
en escuelas y universidades. Dicen verdades indiscutibles.

Lo que indignaba a los españoles e hispanoamericanos
era la prepotencia, la soberbia inglesa. En 1740, el capitán
inglés Martin se presentó en el puerto de Nápoles con una
carta del rey de Inglaterra al de esa ciudad: "Os prohíbo
—le decía— que toméis parte en la guerra que los vues-
tros tienen contra la casa de Austria." Y venían las ame-
nazas y una hora para firmar lo que ordenaba la corte de
Londres. El 8 de octubre de 1793, lord Harvey, ministro
inglés en Toscana, intimó al gran duque para que, en el
término de doce horas, se declarase contra Francia y, con
el reloj en la mano, empezó a contar los minutos. Jamás
respetaban sus juramentos. La mala fe, la hipocresía, eran
sus normas. Por algo Gran Bretaña era la única nación
en el mundo que tenía un sobrenombre: la Pérfida Albión.

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS MALVINAS

El problema de nuestras Malvinas no es un problema
de la Argentina, sino del mundo. La historia de estas islas
ha sido hecha muchas veces y no vamos a repetirla. Algu-
nos historiadores todavía no han aclarado a fondo el des-
cubrimiento. En un tiempo no existían pruebas definitivas

para adjudicarlo a los españoles o a los ingleses. Unos aventureros ingleses, navegantes de los mares del Sud, que nunca vieron las Malvinas, cuando tuvieron noticias de su existencia dijeron que las habían visitado. Fueron los mismos geógrafos e historiadores ingleses quienes mostraron la falsedad de sus aseveraciones. Manuel Moreno y otros estudiosos argentinos que no dominaban la historia colonial no pudieron probar que las naves de Magallanes encontraran las Malvinas. Las investigaciones en torno a las navegaciones de Américo Vespucio estaban en sus comienzos. Los sabios vespucistas discutían si sus cartas eran auténticas o inventadas, si las verdaderas eran las impresas o las manuscritas. Fue por ello que un erudito como Paul Groussac creyó hallar una solución no adjudicando el descubrimiento de las Malvinas a los ingleses ni a los españoles, sino a un neutral, el holandés Sebald de Wert, en el año 1600. Esta conclusión la ofreció a la Argentina en 1910, en su centenario, en una obra que tiene capítulos e investigaciones de primer orden.

Pasaron más de veinte años y un marino argentino, el capitán de fragata Héctor Raúl Ratto, comprobó que las Malvinas se veían en un mapamundi de Diego Ribero de 1529. Entonces dedujo que pudo haberlas descubierto el marino Esteban Gómez, que desertó de la expedición de Magallanes en 1520. En el trayecto, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Cabo de Buena Esperanza —discurría Ratto— debió ver forzosamente el archipiélago malvínico. Nosotros aceptamos esta tesis, por ser lógica y convincente, y la exousimos en un capítulo de la *Historia de la Nación Argentina* editada por la Academia Nacional de la Historia. Pocos años más tarde, en 1945, un investigador de los primeros viajes en los mares del Sud, el doctor Enrique Ruiz Guiñazú, descubrió que la nave de Esteban Gómez no volvió a España por la ruta del Cabo de Buena Esperanza, sino costeano la Patagonia hasta el Río de la Plata y el Brasil y, desde allí, a la península. No pudo ver, en consecuencia, las islas Malvinas. Se planteaba un nuevo interrogante. ¿Quién las vio? Estudiamos el asunto y advertimos que, no bien huido Esteban Gómez, Magallanes encomendó a otro de sus capitanes, Duarte Barbosa, que, en esos momentos, mandaba la nave *Victoria*, que saliese a buscarlo. Fue en esta búsqueda que Barbosa pudo ver las Malvinas. Así lo demostraría un croquis de esta parte de América que hizo el cronista de la expedición de

Magallanes, Antonio Pigafetta. En él se distinguen dos islas que corresponden a las Malvinas. Además, no bien llegado a España Juan Sebastián de Elcano, el primer hombre que dio la vuelta al mundo, en 1522, al año siguiente las islas Malvinas aparecen en un mapa de la escuela de Reinel, dibujado por Top Kapu Sarayi, encontrado por el geógrafo francés Marcel Destombes en el palacio real de Estambul. Las islas Malvinas, por tanto, debieron ser descubiertas, forzosamente, por la expedición de Magallanes. Además, nuevos análisis de esta expedición y el testimonio del geógrafo Alonso de Santa Cruz, en su islario de todo el mundo de 1541, revelan que la expedición íntegra de Magallanes las vio y describió a la perfección. El viaje de Sebald de Wert, de 1560, queda muy lejos del año 1520 en que Magallanes y su gente redescubrieron las Malvinas.

LAS MALVINAS EN LOS MÁS ANTIGUOS MAPAS

Pero hay más: el eminente geógrafo e historiador argentino Roberto Levillier, que dedicó gran parte de su vida a estudiar los viajes de Américo Vespucio, pudo demostrar que este navegante no llegó solamente a la costa del Brasil, como sostenían no pocos especialistas, sino que siguió navegando por la costa de la Patagonia hasta el grado 52 de latitud Sud. Nosotros tomamos parte en esta polémica y descubrimos algo que hace meditar: Vespucio tuvo por fin alcanzar el Cabo de Cattigara y visitar las regiones ricas y maravillosas del Oriente. Nunca nadie había explicado cuál era el fin de los viajes de Vespucio, ni descubierto qué significaba el nombre de Cattigara. Era una sola palabra que venía a cambiar la historia de la geografía universal. Cattigara era la ciudad más lejana del mundo. La menciona y la señala el geógrafo griego Claudio Ptolomeo, de Alejandría, en su extraordinaria geografía, la más antigua que posee la humanidad, del siglo segundo de nuestra era. Dick Edgar Ibarra Grasso ha demostrado que Ptolomeo dibujó el Océano Pacífico en su mapamundi. Nosotros, con anterioridad, exhibimos el mapamundi de Enricus Martellus Germanus, de unos años antes del descubrimiento de América, en el cual está dibujado el continente americano. En él figuran el estrecho más tarde llamado de Magallanes, la Tierra del Fuego, la península de Valdés y otros pormenores geográficos que disipan todas

las dudas: Otro estudioso, siguiendo el curso de estos descubrimientos, el profesor Pablo Gallez, hizo otros no menos trascendentes. Demostró que en el mapamundi de Martellus están dibujados los grandes ríos de América, como el Amazonas, el Orinoco y otros, de Oeste a Este, y el Paraguay y el Paraná, de Norte a Sud, con el brazo, hacia el Este, del Alto Paraná. No hay duda de que, antes de Colón, exploradores innombrados habían recorrido todo el continente americano. Pues bien: estos mapas fueron conocidos por Colón. Por ello sostuvo, con razón, que iría a la India y había llegado a la India. Las tierras americanas no eran un continente interpuesto entre la India y Europa, como siempre se ha enseñado, sino la cuarta India, la Oriental, bien identificada por los antiguos y los humanistas del Renacimiento. Vespucio también manejó estos mapas y es por ello que dijo que pensaba dirigirse al Oriente por el Cabo de Cattigara que se hallaba, exactamente, en el paralelo 8° de latitud Sud, en la actual costa del Perú, cerca de la ciudad de Lamabayeque. Sabemos, por tanto, de un modo indiscutible, que Vespucio navegó, todo a lo largo de la costa americana, hasta el paralelo 52° de latitud Sud y que, en este punto, como refirió menuda e impresionantemente en sus cartas, fue arrojado por una tempestad, mar afuera, es decir, lejos de la costa, y, al cabo de unas leguas de navegación, vio unas islas que, por hallarse en el paralelo 52°, no pueden ser otras que las Malvinas.

Fue, en consecuencia, Américo Vespucio el primer descubridor de las Malvinas el día 7 de abril de 1502, el 16 o 17 de ese mes según la reforma gregoriana. A estas conclusiones llegó también el ingeniero Nicanor Alurralde en estudios dignos de atención.

Y hay algo más que termina con todas las dudas. El geógrafo alemán Juan Schöner publicó dos mapas de esta parte de América antes de 1515 y otro del 1520, anterior al viaje de Magallanes, en los cuales se ven las islas Malvinas y el Estrecho de Magallanes. Alguien estuvo en el estrecho antes de 1515. En otros tiempos se suponía que unos navegantes portugueses pudieron llegar en 1514 hasta el Río de la Plata y confundirlo con un estrecho o paso al otro mar. Hoy, un eminente geógrafo uruguayo, Rolando Laguarda Trías, ha probado que esa expedición portuguesa, mandada por Juan de Lisboa y Esteban Froes, y armada por el comerciante español, de Burgos, Cristóbal

de Haro, llegó indudablemente hasta el más tarde llamado Río de la Plata en 1512. El geógrafo Gallez sostiene, con excelentes razones, que pudo llegar hasta el Estrecho de Magallanes. Schöner no habría confundido un río con un estrecho ni dibujado esta parte de América como lo hizo si no hubiera tenido datos seguros. Es muy posible, en consecuencia, que las Malvinas hayan sido vistas en un viaje anterior de 1512 y figuradas en los mapamundis de Schöner de 1515 y 1520. También es muy seguro que Schöner dibujó las Malvinas vistas por Américo Vespucio. Lo indudable es que las Malvinas aparecen en mapamundis de 1515, 1520, 1523, 1529 y 1541 y en casi todos los posteriores. Fueron descubiertas por portugueses y españoles. Los ingleses las vieron después del 1600 cuando las visitaban los marinos del mundo. Gran Bretaña no tiene el más mínimo derecho sobre estas islas en lo que respecta al descubrimiento.

LAS MALVINAS EN LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

Llegados a este punto, viene la crónica de las Malvinas. Un poco árida, un poco olvidada. Eran islas españolas y nadie lo dudaba. Estaban dentro de la línea de Tordesillas acordada con Portugal y establecida anteriormente por el Papa Alejandro VI. En 1690, el inglés John Strong, arrastrado por una tempestad, tocó en las Malvinas y les dio el nombre de Falkland. Desde el 1701, los pescadores de San Maló, en Bretaña, las visitaban y por ello fueron llamadas maluinias o Malvinas. San Maló o Maclovio o Macute, compañero de San Brandán, fue un monje viajero irlandés que hizo viajes, adornados por leyendas, en el siglo vi y, tal vez, haya llegado a las islas del Caribe buscando el Paraíso. El 2 de febrero de 1764 el francés Bougainville ocupó el Puerto Soledad. El 25 de enero de 1765 los ingleses se establecieron en Puerto Cruzado y lo llamaron Egmont. España protestó y los gobiernos de Francia y Gran Bretaña ordenaron desocupar las islas. En diciembre de 1769 el inglés Antonio Hunt pretendió mantenerse en las islas, pero fue desalojado por el capitán de navío Juan Ignacio Madariaga el 20 de julio de 1770. Fue entonces cuando lord Rochford pidió al embajador español, príncipe de Masserano, que lograrse de Carlos III la devolución momentánea de Puerto Egmont para que no

cayese el ministerio inglés. Carlos III accedió y el 10 de septiembre de 1771 los ingleses volvieron a ocupar Puerto Egmont. Fue una ocupación simultánea de españoles e ingleses, hasta que, el 22 de mayo de 1774, Gran Bretaña devolvió Puerto Egmont y se alejó de las islas. Era el reconocimiento de los derechos españoles y el temor de que Carlos III, aliado a Rusia, declarase la guerra.

LAS MALVINAS ARGENTINAS

Las Malvinas fueron abandonadas por España en 1811. El 27 de octubre de 1820, el comandante de la fragata argentina *Heroína*, David Jewett, tomó posesión de las Malvinas en nombre de las Provincias Unidas. En 1825, el tratado de amistad con Inglaterra significó el reconocimiento tácito de los derechos argentinos sobre todas las tierras que ocupaba. En 1828 Luis Vernet empezó a trabajar en las islas con autorización del gobierno argentino. El 10 de junio de 1829, el gobierno de Buenos Aires creó la Comandancia política y militar en las islas. La sede estaba en la isla Soledad. La jurisdicción se extendía hasta las islas que rodeaban el Cabo de Hornos. Al mismo tiempo se designó a Luis Vernet comandante de Puerto Soledad.

Las islas se poblaron con ganados. Se estableció un comercio con Buenos Aires, el Uruguay, el Brasil y los Estados Unidos. Se intensificó la agricultura. Los 25 de Mayo y 9 de Julio eran festejados con disparos de cañones y juramentos a la patria. Vernet tomó posesión de las islas el 30 de agosto.

La caza de ballenas y lobos marinos era intensa. Más de sesenta balleneros ingleses y norteamericanos llegaban todos los años a esos mares. Vernet temió que se extinguieran esos animales. Distribuyó entre los balleneros una circular impresa en Buenos Aires en la cual se reglamentaba la pesca. Los balleneros tuvieron que pagar un derecho de anclaje en Puerto Soledad. Para evitarlo buscaron otros lugares. Vernet ordenó entonces que se suspendiera la pesca y caza de ballenas. Los balleneros no obedecieron. El 1º de agosto de 1831 la gente de Vernet detuvo a la goleta *Harriet*, del puerto norteamericano de Stonington. El 17 de agosto fue detenida otra goleta, la *Breakwater*. El 18 de agosto fue apresada la goleta *Superior*. El 20 de agosto, el capitán Carew, de la *Breakwater*, dominó a los guardias de Vernet y se fue a Estados Unidos. El 8 de

septiembre, Vernet llegó a un acuerdo con los capitanes Davison y Congar. Una goleta se dirigiría a Buenos Aires con los documentos referentes a las violaciones cometidas, y la otra, a buscar lobos marinos en la costa patagónica. La goleta *Harriet* encontró, en su ruta, a la goleta norteamericana *Elisabeta Jane*. Su capitán, J. Nash, se manifestó dispuesto a retomar la goleta que retenía Vernet, pero el capitán de la *Harriet* se negó. Entonces se dirigió al Puerto Soledad y el 7 de noviembre partió para Buenos Aires.

En esta ciudad, las noticias inquietaron a las autoridades. El cónsul norteamericano Jorge V. Slacum defendió a Davison. E inmediatamente ordenó al capitán de la corbeta de guerra norteamericana *Lexington*, que había llegado desde Río de Janeiro, que se dirigiera a las Malvinas con el capitán Silas Duncan. Slacum temía que los ingleses se posesionaran de las Malvinas. Por ello aconsejó a Duncan tomarlas o arrasárlas.

ESTADOS UNIDOS SAQUEA Y DESTRUYE LAS MALVINAS

La *Lexington* llegó el 28 de diciembre de 1831 a Puerto Soledad con bandera francesa. Fue un engaño o traición. Desembarcó sus hombres, tomó preso al capitán Brisbane, que defendía el puerto, quemó la pólvora, inutilizó los cañones, destruyó las casas y las huertas, saqueó todo lo que encontró, arrasó la población entera. Por último, con terribles amenazas, hizo huir a los habitantes. Después se fue a Montevideo. Llegó en febrero de 1832. Allí desembarcó a las familias sobrevivientes que habían embarcado por la fuerza en Puerto Soledad.

En Buenos Aires se suspendieron las conversaciones con el cónsul Slacum. El presidente de los Estados Unidos era Andrew Jackson. Éste encomendó resolver el conflicto, en Buenos Aires, a su comisionado Francis Baylies. El 15 de junio fue recibido por el ministro Manuel Vicente Maza. Fue amenazador y violento y en septiembre de 1832 recibió su pasaporte y se fue.

Las protestas argentinas por los actos criminales en la isla Soledad fueron renovadas en 1841 y 1884. El gobierno norteamericano nunca admitió la irregularidad de esos actos ni pagó ninguna indemnización. No obstante, la Corte Federal de Massachussets declaró que la acción de Silas

Duncan había sido ilegítima. Francis Warton, en *A Digest of the International Law*, segunda edición, tomo 1, página 444, recuerda que la Corte Federal de Massachussets declaró, respecto a Duncan, que "*that such officer had no right, without express direction from his Government, to enter the territoriality of a country in peace with the United States and seize property found there, claimed by citizens of the United States*".

Esto era en tiempos del presidente Jackson. La Corte, al declarar que Duncan no tenía derecho, sin orden de su gobierno, de penetrar en un territorio que estaba en paz con su país y apoderarse de sus propiedades, hizo suyo un viejo principio de derecho internacional sostenido por los viejos teólogos españoles del siglo XVI y, particularmente, por el dominico Francisco de Vitoria, fundador del derecho internacional que, más tarde, sistematizó Hugo Grocio. El gobierno del violento Jackson fue insensible. Los juristas norteamericanos condenaron los actos delictivos de Duncan.

LA USURPACIÓN INGLESA

Gran Bretaña no abandonó nunca su propósito de apoderarse de las Malvinas. Las necesitaba como una escala para sus viajes a Australia y Tasmania. Además, existía una estrategia de carácter mundial que el tiempo no ha hecho más que acrecentar. El mundo no podía ser circunnavegado en el hemisferio Norte. El paso que habían buscado Colón y todos los exploradores de las costas atlánticas de la América del Norte no existía. El mundo sólo podía ser dominado por la escuadra inglesa en los mares del Sud. Las Malvinas eran y son un punto estratégico de inmensa importancia. Los prolegómenos de la usurpación son conocidos. Primero expuso en Buenos Aires, oficialmente, la necesidad de que le fueran cedidas las islas. Por último, frente a la extrañeza y negativa del gobierno de Buenos Aires, resolvió tomarlas por la fuerza. No podía esgrimir ningún derecho, ninguna razón que justificase el despojo, el robo, que iba a acometer. Tenía la fuerza. El 2 de enero de 1833, el capitán inglés John James Onslow, llegó con la corbeta *Clio* a las Malvinas y obligó al comandante del pequeño buque de guerra argentino, *Sarandí*, José María Pinedo, a abandonar las islas. Al año siguiente, el 2 de enero de 1834, llegó el primer gobernador inglés, Henry

Smith. El gobierno de Buenos Aires encomendó a su ministro en Londres, el doctor Manuel Moreno, que presentase sus protestas. Así lo hizo y siguió haciendo durante ciento cuarenta y nueve años. En los últimos diecisiete años sus embustes fueron continuos. Los hechos han demostrado que Gran Bretaña, a pesar de sus incontables promesas, nunca tuvo la intención de cumplir su palabra y devolver las islas. La ocupación británica es el resultado de un despojo, de un robo a mano armada y su prolongación es el escándalo y la vergüenza internacional e histórica de mayores proporciones en la historia de América.

EL 2 DE ABRIL DE 1982

El 2 de abril de 1982, el mundo se sorprendió con la conquista pacífica de las Malvinas por parte de las fuerzas navales y militares argentinas. No hubo un solo muerto inglés. En cambio hubo algunos muertos argentinos. Fue una reacción frente a una extraña provocación de Inglaterra. Esta nación quiso impedir que unos obreros argentinos que desmontaban una vieja fábrica en las Georgias del Sud continuaran con su labor. Inglaterra no tenía ningún derecho para intervenir en ese territorio, ni en esa instalación. No obstante lo hizo para imponer su espurio dominio. La Argentina tomó las Malvinas y levantó su bandera. La fecha del 2 de abril de 1982 tendrá siempre una importancia inmensa en la historia argentina y del mundo. Es el día en que una nación joven, con brillantes antecedentes históricos en la independencia de América, se rebeló contra el poderío inmenso del antiguo imperio inglés. Durante más de dos meses mantuvo a raya a las fuerzas navales inglesas. Hundió gran número de sus barcos y abatió otro número mayor de sus aviones. Las fuerzas argentinas estaban instaladas en las islas y dominaban sus puntos más vulnerables. Gran Bretaña empezó a agotar sus fuerzas en las continuas derrotas que recibían sus buques y sus aviones. Las naciones de América y las naciones no alineadas, en reuniones internacionales que serán famosas en la historia de la diplomacia americana, dieron la razón a la Argentina, reconocieron sus derechos y condenaron el colonialismo que pretendía reimplantar Gran Bretaña. La acción bélica inglesa estaba destinada a fracasar. El agotamiento de Gran Bretaña era ineludible. El gobierno inglés recurrió al triste procedimiento de contratar

a Gurkas del Nepal, soldados asesinos que, con sus instintos inhumanos, sirven a quien les paga. La medida causó repugnancia en el mundo. La Argentina se proponía construir edificios hermosos para viviendas de sus pobladores, escuelas, una universidad para sus habitantes y estudiantes de toda América, hoteles, fábricas, un complejo turístico de caza y pesca, caminos, puertos y nuevas ciudades. Las islas se habrían transformado en pocos años y habrían disfrutado de un puerto franco. Capitalistas y empresarios tenían sus planes preparados para realizarlos con la mayor rapidez. El futuro, lleno de promesas, de pronto se vio oscurecido. Había ocurrido algo que nadie, en América, podía imaginar.

LA TRAICIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

Mientras se desenvolvían las conversaciones diplomáticas en Nueva York, se descubrió, increíble, la traición del presidente Reagan y de su gobierno. Estados Unidos apareció sosteniendo las pretensiones inglesas. La revelación de este hecho asombró al mundo. Además, Gran Bretaña logró que el Mercado Común Europeo suspendiese sus compras a la Argentina. De pronto se planteó una situación internacional que hizo recordar hechos de más de cien años atrás. Es sabido que, con la caída de Napoleón, en 1814, las naciones absolutistas de Europa, a moción del zar Alejandro I de Rusia, instigado por la fanática madame Krudener, se reunieron en un pacto que llamaron la Santa Alianza para combatir los ideales liberales y democráticos del mundo americano. Se estableció, así, una guerra de dos mundos: el Viejo Mundo absolutista, enemigo de la libertad, y el Nuevo Mundo americano, que defendía la libertad y los derechos naturales del hombre. Europa entera, unida por la Santa Alianza, ayudó a Fernando VII, con naves y dinero, a enviar una expedición de veinte mil hombres al Río de la Plata para someter a nuestras Provincias Unidas que combatían por la independencia de la América hispana. Rusia representaba el peligro mayor. Era dueña de Alaska y tenía fuertes en California. Desde los tiempos de Catalina la Grande había aspirado a anexarse el continente hispanoamericano. Catalina confiaba en que Francisco de Miranda sublevase América para conquistarla. Miranda no se prestó a ese juego y abandonó Rusia. El momento oportuno había llegado; pero un presi-

dente norteamericano, James Monroe, que gobernó desde el 1817 hasta el 1825, lanzó su gran doctrina de América para los americanos. Fue la oposición a los planes de Rusia. El 1° de enero de 1820, los emisarios de Juan Martín de Pueyrredón, Andrés de Arguibel y Tomás de Lezica, lograron que Rafael del Riego sublevase el ejército de veinte mil hombres que esperaba en Cádiz el instante de dirigirse al Río de la Plata. La Argentina dio el gran golpe a la Santa Alianza. Los planes de Rusia, de Prusia, de Austria, de Francia y naciones menores quedaron deshechos. La Santa Alianza fue vencida por la Argentina en la sublevación de Rafael del Riego que impuso, inmediatamente, en España, la Constitución liberal de Cádiz de 1812. Portugal, Nápoles, Prusia y, poco después, Francia y toda Europa, empezaron a admitir el sistema constitucional. La Argentina hizo extender, de este modo, el gobierno constitucional a todos los países civilizados del mundo. Bolívar quiso unir América en el Congreso de Panamá. Estados Unidos hizo respetar al Nuevo Mundo con la doctrina de Monroe. Un sucesor de ese gran presidente, un antiguo actor de cine, unido a una ex modelo de tienda, traicionaron la doctrina de Monroe y la tradición histórica americana.

La traición de Reagan causó estupor e indignación en todos los países de la América hispana. Nadie esperaba una acción comparable. Europa y el gobierno de Reagan descubrieron sus sentimientos antihispanoamericanos. Es el viejo odio a España que no ha muerto en Inglaterra ni en otras naciones, sus enemigas, que, imprevistamente, se han vuelto sus aliadas. Han creído poder dominar a la Argentina y a la América española y se han encontrado con un frente unido como nunca se ha visto en la historia de América. Nuestras viejas amigas, España, Italia e Irlanda, fueron las únicas en Europa que estuvieron a nuestro lado. Las restantes naciones de Europa nos abandonaron. Más aún: nos impusieron sanciones por haber recuperado lo nuestro y humillado a Gran Bretaña. Estados Unidos, en un gesto que rompió su neutralidad y provocó indignación, suministró armas y aviones, los más perfectos que existen, a su aliada Gran Bretaña. De improviso nos encontramos en guerra con dos naciones: Estados Unidos y Gran Bretaña. Las fuerzas tambaleantes inglesas fueron aumentadas con armas terribles, nunca usadas hasta esos momentos, y la invasión de la isla fue dura, pero logró extenderse. Hubo

que cesar el fuego y retirar las tropas argentinas de las islas. No hubo un soldado que no dijera: volveremos. Gran Bretaña, con la ayuda abierta, confesada y reconocida, de los Estados Unidos, alcanzó este final. No es un final. Es el comienzo de otra guerra que no tendrá fin en muchos años y que representa el comienzo del definitivo derrumbe de Gran Bretaña. La Argentina, con sus continuos triunfos, hasta el instante final, se llenó de gloria. Gran Bretaña y su aliado Estados Unidos se cubrieron de vergüenza. Es comprensible, por la herencia de sus tradiciones, que parte de Europa haya revivido la perversa Santa Alianza contra la América que amaba la libertad. Lo que nadie pudo concebir fue que Estados Unidos se aliara a esta nueva Santa Alianza, traicionara a sus hermanas hispanoamericanas y al supremo ideal del gran presidente James Monroe. Es la primera vergüenza que ensucia la historia de los Estados Unidos.

EL FUTURO

Gran Bretaña, con su empeño en mantener lo usurpado, ha cavado su fosa y pronto en ella se sepultará. Gran Bretaña no puede vivir sin el comercio y los alimentos que siempre le hemos dado. La dejaremos morir de hambre. La Argentina reconquistará las Malvinas y sabrá cómo tratar en el futuro a esta nación pirata, colonialista y vengativa. Se ha ensañado contra diez hombres, diez científicos argentinos, que hacían observaciones meteorológicas en la Antártida. Es uno de sus actos valientes. Estados Unidos tardará muchos años en reconquistar la amistad de los países que traicionó. España comienza a reivindicar la posesión de Gibraltar que le fue arrebatado por la pérdida diplomacia inglesa. Guatemala pedirá la devolución de Belice que Inglaterra le estafó. Venezuela conquistará a Guyana la inmensa zona que le pertenece y, por Gran Bretaña, le fue burlada. El comercio con el Oriente y el África será intensificado y el de las naciones europeas que nos dieron la espalda y arrojaron piedras tendrá que mendigar nuestra colaboración. Sus únicos valores están en sus museos que pronto se convertirán en cementerios. No tenemos que caer en la debilidad del perdón, del olvido, de la reconciliación, de las hipócritas comprensiones y falsas interpretaciones que deforman la historia. Tenemos que recordar. La historia no olvida. La justicia, aunque tarde

muchos años, debe llegar. Si morimos nosotros que la recuerden y la alcancen nuestros hijos y nuestros nietos. La guerra de las Malvinas tiene un significado como guerra, pues ha demostrado al mundo que una nación hispanoamericana ha podido hacer frente a Inglaterra y la habría derrotado si no hubiese sido por la intervención de la nación más poderosa del mundo. Y tiene otro significado, mucho más grande. Ha levantado a muchos países en contra de la nación más pérfida de la historia humana: la nación que ha esclavizado el globo, que ha tenido más colonias y todas se le han alejado, que ha cometido más crímenes y traiciones, usurpaciones y actos de soberbia, y, por lo tanto, como la nación más delincuente de la historia humana, está destinada a sepultarse en la historia de las naciones muertas.

Esta lección, esta reaparición de la infamia británica, enseña a las naciones de habla española y portuguesa que deben sostenerse entre ellas, confiar en sí mismas y engrandecerse recíprocamente. Unidas formarán un continente inmenso y poderoso que puede cambiar los destinos del mundo. La vieja Europa avanza en su camino de autodestrucción, de pobreza, de caos y de ruina por seguir ligada a un país maldito. Cuando se libere de la funesta influencia de Gran Bretaña volverá a ser la amiga de la magnífica América. La hora de América ha despertado al mundo. Por último, una aclaración importantísima. Hay gente que habla de una derrota argentina en las Malvinas. Si se refiere al retiro de sus hombres, al cese momentáneo de las hostilidades, no sabe la que dice. La guerra no ha terminado. No hemos firmado ninguna paz, ningún final. Reanudaremos los combates cuando querramos. Entretanto, hemos obtenido uno de los triunfos más grandes que se han logrado en los últimos cien años de la historia moderna. Gran Bretaña pensaba proclamar la independencia de las islas Malvinas. Es la táctica que empleó con Guayana, con Bécice, con las islas del Caribe y tierras del África y del Asia. La nueva nación habría autorizado inmediatamente a Gran Bretaña y a Estados Unidos a instalar una base poderosísima en las Malvinas. Este proyecto que, de haberse realizado, habría dado a esas dos naciones el control de los mares del Sud, el dominio del hemisferio austral, fue desbaratado, impedido, por la invasión argentina a las islas el 2 de abril de 1982. Es un triunfo que ha quitado a Gran Bretaña y a Estados Unidos el dominio

de la tierra. La lucha por ese dominio se reanudará cuando la Argentina quiera. Nuestra patria ha sido la vencedora y cuando vuelva a poseer las Malvinas, por la razón o la fuerza, tendrá en sus manos los caminos de todos los mares y los destinos de la tierra. Ninguna otra nación ha logrado hasta el presente un triunfo semejante: impedir el nacimiento de una nueva nación y el establecimiento de la base estratégica más poderosa del mundo. Gran Bretaña y Estados Unidos nunca tuvieron una derrota comparable, que les quitara de las manos una operación que creían tan segura y representaba el dominio de la tierra. Ninguna nación ha tenido, jamás, una victoria tan extraordinaria. Hemos cambiado el presente y el futuro. Podemos estar orgullosos de nuestro triunfo.